

MICHELLE MARLY

LA
DIVA
MARIA CALLAS
la voz de la pasión

Traducción:

LIDIA GRIFOLL y PATRICIA LOSADA



MAEVA

*Vivo para el arte,
vivo para el amor.*

Tosca,
GIACOMO PUCCINI

1

Venecia

3 de septiembre de 1957

—ME ALEGRA QUE hayas dejado atrás el frío y la humedad de Edimburgo para venir a mi pequeña fiesta —dijo Elsa, que saludó a su amiga Maria Callas estrechándola contra su exuberante pecho. La corona ducal, dorada y cubierta de perlas, con toda probabilidad una pieza original del siglo XVI o incluso anterior, se le resbaló de la cabeza—. Esta noche eres mi protagonista.

«La pequeña fiesta» era el baile de otoño que Elsa Maxwell organizaba en el aristocrático Hotel Danieli, el punto culminante del Festival de Cine de Venecia al que acudía de lleno la alta sociedad. A Maria no le hacía falta mirar alrededor para saber que el salón renacentista estaba repleto de personalidades de Hollywood, millonarios y princesas y príncipes de verdadera sangre azul. Aun así, no cabía duda de que ella era la más famosa: la *diva assoluta*. Una soprano cuyo nombre conocían incluso los que no amaban la ópera. La mujer más conocida del mundo, treinta y cuatro años, atractiva, rica y es probable que en el punto culminante de su carrera, aunque el horizonte todavía era muy amplio.

Su amiga Elsa, una mujer de setenta y cuatro años entrada en carnes, era periodista, publicaba los ecos de sociedad de la escena internacional y decidía en sus columnas el ascenso y

la caída de los grandes del *show business* y de la *high society*. Se sentía como en casa tanto en Europa como en Estados Unidos, organizaba desde carreras de caballos hasta excursiones en velero y fiestas, fraguaba alianzas románticas y de negocios, y nadie que tuviera interés en hacer carrera rechazaba sus invitaciones. No obstante, esa noche Maria Callas no había ido solo a brillar con su presencia, sino que estaba realmente agradecida por haber tenido un motivo para huir de la llovizna escocesa.

El verano había sido estresante. La fatiga de las actuaciones, junto con una serie de obligaciones sociales, la habían llevado al borde del colapso hacía unas semanas. A pesar de que el médico se lo había desaconsejado, viajó con la compañía de La Scala de Milán al prestigioso Festival de Edimburgo. Triunfó en Escocia, pero cada día se encontraba peor. Resistió cuatro noches y sintió un gran alivio al ver que no tenía problemas con la voz. Sin embargo, cuando le añadieron por sorpresa una quinta actuación, la canceló. No solo porque de repente empezó a sentir escalofríos y a sufrir fuertes dolores de cabeza, además de hipotensión, sino también porque la nueva fecha coincidía con el baile de otoño de Elsa. Maria estaba segura de que no tendría fuerzas para otra actuación y voló a Milán para recuperarse en la calidez de su refugio en el lago de Garda antes de acudir a la fiesta.

Fortalecida por unos cuantos días de sosiego y rodeada por los invitados de su íntima amiga, subió con ligereza la centenaria escalinata de piedra, cubierta por una alfombra roja, para dirigirse a los salones en los que se serviría una cena exquisita. Había subido y bajado tantas veces del escenario que apenas tenía que estar pendiente de los pies para moverse con una elegancia impresionante. Sin gafas no veía muy bien dónde pisaba, pero no le hacía falta mirar. La ropa que había elegido para la velada, bastante sencilla pero muy favorecedora, la hacía sentir en armonía consigo misma, igual que cuando cantaba un aria: una prenda superior blanca y ceñida, y una falda ancha con

vuelo, de satén de color blanco y topos negros, además de una faja ancha y blanca, y unos guantes negros largos. Había renunciado a ponerse un sombrero espectacular, su única deferencia con el lema de la velada eran unas esmeraldas, que brillaban a la luz de los centenares de velas que había, y los diamantes que le habían entrelazado en el pelo recogido. Se sentía de maravilla, sobre todo porque al mirarse en el espejo había visto que esa noche se parecía muchísimo a su ídolo: Maria admiraba profundamente a la actriz Audrey Hepburn. Sabía que nunca conseguiría su fragilidad de cervatilla, pero cuatro años atrás había logrado adelgazar casi cuarenta kilos en doce meses gracias a una férrea disciplina, y desde entonces guardaba la línea. Antes, con una estatura de un metro setenta y tres centímetros, había llegado a pesar ciento veinte. Un médico suizo la había ayudado a hacer dieta con pastillas hormonales, medicamentos para la tiroides y píldoras diuréticas, un régimen más útil que comer nada más que con los ojos. Para no perder de vista los resultados de sus esfuerzos, había encargado un retrato en el que parecía la hermana de Audrey Hepburn. Cuando veía las fotos, tenía una sensación de felicidad que no había conocido hasta entonces: por primera vez en la vida se sentía cómoda en su piel. Su única amargura era que el régimen no había cambiado la robustez de sus piernas, pero las escondía con faldas de vuelo largas como la que lucía esa noche.

Maria inclinaba la cabeza con majestuosidad, saludaba, sonreía. Los invitados se arremolinaban a su alrededor, luchaban por que les prestara atención. Entraba la diva.

El hombre que estaba a su lado cogió una copa de champán de la bandeja de un camarero y se la ofreció.

—Estoy seguro de que quieres apoyarte en una copa —le dijo Giovanni Battista Meneghini con cariño.

Sabía mejor que nadie que ella disimulaba de ese modo su profunda timidez, puesto que no bebía nunca. Meneghini era su

mánager desde hacía diez años y su marido desde hacía ocho. Era treinta años mayor que ella, bastante más bajo, calvo, rechoncho y muy rico. Contratista de obras y gran amante de la ópera, había ganado mucho dinero fabricando ladrillos, pero su verdadera vocación era estar casado con la Callas. Sin embargo, Maria pensaba a veces con temor que su condición de mujer se estaba perdiendo en esa relación. En los últimos tiempos tenía, cada vez más, la sensación de que las atenciones de su marido la asfixiaban. Se ocupaba de todo lo necesario para que ella pudiera actuar con la perfección habitual, pero cuando la soprano preparaba los papeles y ahondaba en los sentimientos tempestuosos de felicidad y en las oscuras pasiones de sus personajes protagonistas, a veces se preguntaba dónde estaba la pasión en su propia vida.

—¿Ves a aquel hombre del fondo? —Elsa había aparecido a su lado. Por lo visto, había terminado de hacer los honores a sus invitados. Maria notó en el brazo el tacto suave y sedoso de la estola de visón que su amiga llevaba sobre el vestido de noche de encaje—. Es Aristóteles Onassis, el hombre más rico del mundo. Sus amigos lo llaman Ari.

Una mujer como ella, que seguía la prensa rosa y además se movía en la alta sociedad, sabía quién era el invitado de Elsa. Había visto fotografías suyas, pero nunca había coincidido con él. Al verlo de lejos, rodeado de hombres y mujeres que querían conocerlo, constató que las fotos no le hacían justicia. El hombre de negocios de Asia Menor, excepcionalmente exitoso, era más bajo, pero mucho más atractivo de lo que había imaginado. Y llevaba el esmoquin con la elegancia del mismísimo Cary Grant. Tenía algo que lo hacía brillar como a una estrella en medio de la oscuridad.

—Al menos no parece recién llegado de Anatolia —se le escapó.

—¿Y por qué iba a parecerlo? —preguntó Elsa sorprendida—. Es griego. Como tú.

Maria negó con la cabeza.

—Leí que nació en Turquía. Antes había allí una gran colonia griega, pero esa gente no es como los griegos del Peloponeso o de tierra firme. Los llamamos *tourkosporos* y te aseguro que no se trata de un piropo. Ya sabes que los otomanos ocuparon Grecia durante siglos y por eso no somos muy amigos de los turcos.

—¡Vaya! —Su amiga la miró con los ojos muy abiertos y una sonrisa en los labios—. ¿Quieres decir que me he equivocado al escogerlo para que te acompañe en la mesa? Creía que la griega y el griego más famosos del mundo harían buenas migas... ¡Oh, ahí está la marquesa de Cadaval! Mira el maravilloso tocado que lleva.

Era cierto, aquella señora se paseaba con la reproducción de un campanario veneciano en la cabeza.

Maria aceptó de buen grado el cambio de tema. Era evidente que nadie ponía patas arriba el orden en las mesas que había decidido Elsa Maxwell, ni siquiera una *prima donna*. Se sentaría al lado del armador multimillonario; la cena acabaría en algún momento y ya no haría falta que se quedara en el asiento que la habían asignado. Lo lamentó sobre todo porque Battista no estaría a su lado. O, mejor dicho, ella no estaría con él. Su marido solo hablaba italiano y le costaba integrarse en su círculo de amigos internacionales. No había podido seguir la conversación en inglés que su mujer acababa de mantener con Elsa.

Giovanni le sonrió y la interrogó con la mirada.

—Elsa me decía dónde tengo que sentarme —le explicó en italiano. Y levantó la copa—. Por una hermosa velada.

Meneghini brindó con ella y Maria se permitió tomar un sorbito del exquisito champán burbujeante. Dirigió los ojos con disimulo hacia el hombre que Elsa acababa de señalarle.

LA SILLA UBICADA junto a ella crujió cuando Aristóteles Onassis se sentó con demasiada energía.

—Lo lamento, pero el arte no es mi fuerte —le confesó después de presentarse. Hablaba deprisa y, a diferencia de los demás invitados de Elsa, que en su mayoría hablaban inglés o francés, lo hizo en un griego sin acento—. Los negocios me dejan poco tiempo y paso la mayor parte de ese tiempo navegando, manteniendo charlas agradables, con buena comida y un puro excelente. Y eso es incompatible con la ópera, puesto que en sus santuarios no se puede fumar —dijo y le dedicó una sonrisa radiante, como si acabara de hacerle un gran cumplido.

—No habla usted como un verdadero *tourkosporos* —le contestó ella en el mismo idioma.

La lengua materna de Maria era el inglés; no aprendió griego hasta que se trasladó a Atenas de niña, pero lo dominaba a la perfección y podía replicar sin problemas a Onassis, y también era capaz de maldecir como un pescadero del Pireo si hacía falta. La palabrota para referirse a los griegos de Asia Menor que huyeron a Grecia en masa tras las masacres de los turcos a principios de los años veinte se incluía en la categoría del habla menos distinguida. A Elsa no le había contado que el término despectivo significaba algo así como «descendiente del esperma de un turco» y que podía interpretarse claramente como una ofensa. O como la respuesta al comentario de su interlocutor sobre la ópera, a la que evitaba ir por motivos de lo más profano. Menudo ignorante.

Como era obvio, Onassis conocía la expresión. La miró fijamente, pero ella no consiguió interpretar su mirada. La luz de la lámpara de araña se reflejaba en sus ojos brillantes.

—Sí, nací en Esmirna, pero en Asia Menor nacieron también muchos griegos célebres: Aquiles, Homero, Heródoto...

Evidentemente, aunque su formación escolar fuera más bien modesta, Maria conocía los nombres que su acompañante acababa de mencionar. Había dejado la escuela a los trece años; los estudios de canto en Atenas siempre habían sido prioritarios.

Había estudiado sobre todo los papeles femeninos más importantes para el registro de su voz, y sus clases de historia se habían limitado a la historia de la ópera y nociones básicas sobre Grecia. Así pues, desde joven solo había ampliado su cultura general leyendo cosas que le parecían necesarias y dignas de atención. Los conocimientos de Onassis sobre la cultura clásica no la impresionaron, pero sí lo hizo la pasión con la que defendía su lugar de nacimiento.

—No pretendía ofenderle —lo interrumpió—. Me sorprende que sea tan auténtico. Un griego de verdad.

—¡Pues claro! —exclamó Onassis riendo tan fuerte que los invitados más cercanos volvieron la cabeza un instante.

Maria captó la mirada interrogativa de su marido, que estaba sentado enfrente, al lado de Tina Onassis, la mujer de Ari. Saltaba a la vista que Meneghini se esforzaba por captar retazos de la conversación que la cantante mantenía con el armador, aunque no entendiera una sola palabra. El ruido de fondo, el golpeteo de los cubiertos, el tintineo de las copas y el murmullo de los invitados eran tan fuertes que también le habría costado seguir la charla si hubieran hablado en italiano. Pobre. Seguro que se aburría. Daba la impresión de que su compañera de mesa había renunciado a conversar con él, puesto que la joven Tina, hermosa como una muñeca, pero algo descocada, inclinaba la cabeza rubia, coronada por una cofia con largas plumas de garza blanca de dos metros y medio de longitud, hacia el hombre que se sentaba a su derecha.

—¿Me imagina comportándome como un aristócrata británico? —prosiguió de buen humor el millonario griego.

Maria volvió a prestarle toda su atención.

Y él se lo recompensó con una pequeña actuación estelar. Torció la cabeza con gran teatralidad, sacó pecho y frunció los labios.

—Será un placer hablar con usted de sus últimas actuaciones en el Covent Garden, *madame* —dijo con voz ligeramente

gangosa y en un inglés perfecto de clase alta—. Aunque, por desgracia, no tengo ni idea de lo que hablamos, puesto que me limito a fingir que me interesan otras cosas aparte de la hípica.

Maria soltó una sonora carcajada. Aquel hombre era realmente divertido.

—Prefiero que siga siendo griego —le pidió en su idioma.

—¿Aunque no sea un gran conocedor de las bellas artes?

—Si hubiera querido charlar con alguno, me habría quedado en el Festival de Edimburgo y habría podido discutir con el director de La Scala. Pero estoy aquí, a su lado.

—Oh, leí algo al respecto. Estuve en Londres hace unos días y leí unos titulares impresionantes sobre «la Callas», y que se habían sentido tratados injustamente. La prensa británica elevó a la categoría de escándalo su negativa a actuar. —Onassis meneó la cabeza sonriendo divertido—. Cuando me enteré de la afrenta a los británicos, aún no sabía que coincidiríamos esta noche. —Hizo una pausa y luego prosiguió—: Doy las gracias por que se decidiera por Venecia.

Ella también. Sobre todo, por aquel ameno compañero de mesa. Mientras que ella le hizo reír contándole anécdotas del mundo de la ópera, él la dejó pensativa al contarle su historia. Onassis le habló de Esmirna, su ciudad natal, que fue destruida casi por completo a principios de los años veinte en la guerra greco-turca. En sus relatos, aquella metrópoli única caída en desgracia era una ciudad viva en la que convivían cristianos y musulmanes con las raíces más diversas. Hijo de un empresario de origen griego, tuvo una infancia privilegiada y fue a la escuela evangélica hasta que su mundo ardió, de manera literal. Tuvo que abandonar su lugar de nacimiento a los dieciséis años. Después, con tan solo sesenta dólares en el bolsillo, embarcó hacia Buenos Aires para probar fortuna en Argentina y sentó las bases de su patrimonio comerciando con tabaco turco.

—Ahora ya entiende —dijo sonriendo y jugueteando con el puro que tenía entre los dedos y había encendido después del segundo plato— por qué me gusta tanto el tabaco: me ayudó a salir de la nada.

—Dicen que los mejores puros son los cubanos —replicó Maria.

Él sonrió.

—Tiene razón. Nada supera a un buen habano como este Montecristo —dio una calada placentera antes de proseguir—: Y hay otro pequeño matiz: lo que me ayudó fueron los cigarrillos. O, mejor dicho, contribuí a educar el gusto de los argentinos. Hasta entonces, en Sudamérica solo conocían el tabaco americano y el cubano, que no son tan suaves como el de Tracia o Macedonia. Así pues, me dediqué a su importación y a exportar carne de vacuno a Europa. Un día decidí comprar mi propio barco. Ahora tengo novecientos.

—Asombroso —replicó Maria.

Lo miró y se dio cuenta de que sentía una mezcla de simpatía y respeto por aquel hombre. Lo que la fascinaba y la atraía no era lo que había logrado en la vida, sino la similitud de los caminos que ambos habían recorrido.

Pensó en la multitud de conciertos privados que su madre le había obligado a dar cuando era una niña y, al fin, en su primera actuación con público a bordo del barco que la alejó de Nueva York y de su padre, y la llevó a Grecia en compañía de su hermana y su madre. Después, la música llenó su vida. Apenas tenía amigos porque su madre le había impedido tenerlos a ambos lados del Atlántico, y tampoco tenía aficiones. En realidad, aparte del canto, no tenía nada. Sobre todo, porque desde pequeña había comprendido que el único momento en que la gente no se fijaba en su físico, no muy agraciado en aquella época, era cuando cantaba. A la misma edad en que Aristóteles Onassis ponía en Buenos Aires los cimientos de su imperio, ella

actuaba por primera vez en la ópera de Atenas, y cinco años después brillaba por primera vez interpretando *Tosca*. Ese fue el comienzo de su carrera.

—Los dos hemos empezado de cero y hemos alcanzado la cima —dijo pensando en voz alta—, y todo gracias a nuestra fuerza de voluntad y nuestro talento. Es probable que se deba a nuestras raíces griegas... Somos cabezotas.

—Siendo griega, seguro que ama el mar; no podría ser de otra manera. —Su voz sonó algo más vital que al hablar de Esmirna—. Soy un gran admirador de Ulises y me apasiona navegar. ¿Qué le parecería hacer un crucero en mi yate? Me gustaría invitarlos, a usted y a su marido.

—Algún día, quizá... —murmuró vagamente.

La idea de navegar por el Mediterráneo en su barco era maravillosa. Pero también un sueño lejano. Su agenda no le permitía disfrutar de unas vacaciones largas; además, Meneghini no aguantaba muy bien las marejadas.

Por un momento, Onassis pareció desconcertado. Maria se lo notó en el brillo de los ojos. Por lo visto, no estaba acostumbrado a que rechazaran sus invitaciones.

Un silencio pesado se interpuso entre los dos mientras las conversaciones proseguían a su alrededor. Onassis se llevó el puro a la boca, dio una calada y volvió la cabeza para no echarle el humo a la cara. Al fondo, la orquesta cambió: la hora de la música ambiental había concluido y los instrumentos de cuerda desalojaron el escenario para dejar paso a la orquesta de baile.

Al cabo de unos instantes, Onassis volvió a mirarla.

—Acepte al menos mi lancha para desplazarse por Venecia, por favor —le propuso en tono reposado y tranquilo, y con el buen humor que le había caracterizado durante la velada. Su renovada desenvoltura atestiguaba su convicción de que al final nadie podía negarle nada—. Me gustaría poner la Riva a su disposición durante su estancia.

Por supuesto, Onassis poseía el Rolls-Royce de las lanchas. Maria no pudo evitar una sonrisa. «Es una compañía interesante y agradable», pensó. Así pues, ¿por qué no iba a aceptar su oferta durante la semana que iba a pasar en Venecia y que, además, seguro que le permitía pasar tiempo con él y su mujer?

—De acuerdo —dijo asintiendo con la cabeza.

—Y si no puede ser en los próximos meses, el año que viene haremos todos un crucero por las islas griegas —decidió Onassis radiante—. Nuestra amiga Elsa puede acompañarnos si quiere.

«Le das la mano y se toma el brazo entero», pensó Maria. Pero no se lo tomó a mal, su tenacidad le divertía. Volvió a asentir para no desilusionarlo, aunque sabía a la perfección que nunca harían ese viaje juntos.

PASÓ CASI TODA la velada al lado de Aristóteles Onassis, que después le presentó a su bella y joven esposa.

—Tina no entiende una palabra de griego —le contó cuando nadie escuchaba—. Su padre, el armador Livanos, prefirió educarla como a una princesa americana. Ella siempre dice que aprendió a hablar en Inglaterra, a pensar en Nueva York y a vestirse en París. Grecia no le importa demasiado. Así es Tina —dijo sonriendo con el orgullo de quien habla de una posesión, aunque luego la mirada se le oscureció, como si le molestara algo.

La fiesta fue un éxito y duró toda la noche. Un grupo de camareros atentos reponía las velas que se apagaban en los candelabros de las mesas, abrían botellas de champán sin parar y rellenaban las copas. Las filas se vieron algo mermadas a última hora, pero cuando Elsa Maxwell se sentó al piano y dejó volar los dedos sobre las teclas al ritmo vertiginoso de un swing, los invitados se arremolinaron delante de la anfitriona y de los músicos, que iban vestidos con unos trajes blancos relucientes. Maria

y su marido, así como Onassis y su esposa, también escucharon el famoso solo desde la pista de baile. Elsa tocó canciones rápidas y melancólicas de los años treinta y de la época de la guerra, cuyo estallido vivió mientras trabajaba de reportera en Hollywood. En un momento dado hizo una señal a los músicos para que la acompañaran con los instrumentos. Luego le hizo una señal a Maria para que se acercara.

Un solo de trompeta, unos acordes de piano y la melodía de la canción *Stormy Weather* llenó la sala. Elsa tocó más suave, le hizo un gesto a su amiga y la soprano más famosa del mundo entonó la canción sobre un amor frustrado. La interpretó con el dramatismo típico en ella, pero una octava más grave que si fuera un aria. De repente se hizo tal silencio a su alrededor que el menor tintineo de copas sonaba como las campanas de San Marcos al tocar el Ángelus.

Ella se acercó a la tarima en la que se encontraba el grupo y se entregó al jazz con entusiasmo. No le importaba actuar de una manera tan espontánea, abarcaba a todo el público con la mirada y no había críticos musicales pendientes solo de que no sostuviera las notas altas. No tenía miedo de que le fallara la voz, puesto que cantaba en el mismo registro grave que Lena Horne, la intérprete de la canción.

La sensación de cantar por el simple placer musical era maravillosa. Paseó la mirada por su público exclusivo, tan entusiasmado como los fans de la ópera en los grandes teatros. Detuvo un momento los ojos en Onassis, que rodeaba a su esposa con el brazo y parecía hechizado por el canto de Maria.

Mientras cantaba el verso «There's no sun up in the sky», el cielo de Venecia se cubrió de estrías en tonos pastel al otro lado de los ventanales, y unos rayos de color albaricoque y violeta anunciaron la salida del sol.

2

Por encima de la nubes Principios de agosto de 1968

MARIA BAJÓ LA persiana de la ventanilla del avión antes de que el aparato despegara. Lo último que quería en ese momento era contemplar una puesta de sol romántica, típica del sur. Sus ojos, escondidos tras unas gafas de sol oscuras, se clavaron en el indicador luminoso de la aeronave de Air France, en primera clase, y esperó la señal para abrocharse el cinturón.

Obviamente, no había reservado el vuelo en la compañía aérea Olympic Airways, propiedad de Onassis. Cuando se marchó del yate, furiosísima, lo único que quería era alejarse de él. Temía que el armador detuviera el despegue si reservaba un vuelo en uno de sus boeings, y por eso decidió viajar con la aerolínea francesa. Al subir la escalera de embarque se dio cuenta de que se había preocupado por nada. Si Onassis hubiera querido que volviera con él, no le habría supuesto ningún problema ordenar que la retuvieran en el aeropuerto de Atenas. Aristo, como lo llamaba ella, disponía de muchos instrumentos para demostrar su autoridad. La insignia nacional de una aeronave no era motivo suficiente para no imponer su voluntad. Si quería. Obviamente, no era el caso.

Comprenderlo fue como un mazazo y le causó vértigo. ¿Había sido un error abandonarlo, arrastrada por la ira, en vez

de plegarse a su voluntad y aguantar hasta que su nueva aventura formara parte del pasado? Tal vez, pero últimamente no solo le importaba que hubiera entrado en juego otra mujer. Se trataba de ella misma, de Aristo y del gran amor que ella sentía. Ese cariño, ¿bastaba para soportar todo lo que él, movido por un complejo de Napoleón que lo cegaba, hacía? Era probable que Lawrence Kelly, el amigo que había presenciado su nada gloriosa despedida, tuviera razón al asegurar que también se trataba de la Callas, de salvaguardar la dignidad de la diva.

Quizá el emperador francés no se había equivocado al afirmar que en la guerra y en el amor todo está permitido. En el combate se luchaba ante todo por el honor y el poder, y si en el amor ocurría lo mismo, no quería cederle el campo de batalla a Aristo, no iba a rendirse. No obstante, se preguntó qué había conseguido al comportarse como lo había hecho, excepto sentirse fatal. Una victoria pírrica, y ni siquiera sabía en qué sentido había triunfado. Onassis había permitido que desembarcara sin despedirse. ¿Cómo podía saber si su partida lo había herido? Lo admitía, no se habría sentido tan desgraciada si hubiera sabido que él se sentía tan mal como ella. Pero tenía que ser razonable y no confiar en ello.

El empuje del despegue la presionó contra el mullido asiento de cuero. La butaca de al lado estaba vacía. Una suerte que allí no se sentara nadie; le habría resultado muy desagradable que alguien la viera en su estado o que incluso quisiera entablar una conversación. Otra cosa habría sido que Larry se hubiera quedado con ella. Pero su amigo había decidido esperar a otro vuelo.

En el aeropuerto de Atenas, Larry le había confesado que sus caminos se separaban: él tenía que volar a Roma, hacía tiempo que había quedado allí.

—Iré más adelante —le aseguró compungido—. La semana que viene estaré contigo en París.

Algo parecido le había dicho Aristo.

—Iré más adelante. En septiembre estaré contigo en París.

Aunque ese período de tiempo fuera más largo, no dudó de las palabras de Aristo, igual que no lo había hecho de la promesa de Larry. Sin embargo, no cabía duda de que la fidelidad del primero era cuestionable, mientras que la lealtad de su amigo no. ¿Se había equivocado? ¿Se había precipitado al dejarse convencer para rebelarse contra el hombre al que amaba? Al fin y al cabo, el hecho de que Aristo quisiera tener un encuentro con Jacqueline Kennedy no era más que una suposición suya. Visto con perspectiva, tuvo que reconocer que no lo sabía con seguridad. ¿Había exagerado al reaccionar como lo había hecho? Quizá el armador solo quería pasárselo bien con unos amigos, aunque lo cierto era que, cuando añoraba la compañía masculina, solía decantarse por los tugurios de los puertos en los que atracaban sus cruceros por el Mediterráneo, bebía ouzo con los pescadores, charlaban como hacen los hombres y jugaban al tavli, el juego de mesa tradicional griego. Maria lo acompañaba a menudo y disfrutaba de esos encuentros. Cuanto más se movía en los círculos de la alta sociedad internacional, más la atraían la cordialidad de esas gentes, ajenas al mundo de lo material, y su alegría de vivir. Solo sentía esa libertad en el mar. ¿Por qué había renunciado a todo aquello sin pensárselo dos veces?

Una voz interior le contestó: «Porque Aristo ha mentido». La visita a bordo de los amigos desconocidos solo podía ser «cosa de hombres», como él había dicho, en un sentido. Estaba segura: quería tenerla lejos cuando subiera a bordo la viuda del presidente americano John F. Kennedy.

—¿Le sirvo una copa de champán antes de la comida? —preguntó la azafata interrumpiendo sus pensamientos.

Volvió la cabeza hacia la joven que se ocupaba de los pasajeros de primera clase. La miró a través de los cristales de las gafas de sol.

—No, gracias. No quiero champán ni ninguna otra cosa
—contestó—. Tampoco quiero comer.
«Quiero morirme», pensó.